

EL MUSEO QUE SE NOS ESCAPA...

Cómo no escribir sobre el Museo con un toque personal, lejos de la frialdad de los artículos científicos, en una ocasión como esta en la que homenajeamos a una compañera tan dulce y amable como Dolores Soria. No sé si el tiempo cura o no las heridas, a mi me resulta imposible pensar que Loli murió hace ya más de cinco años, en aquel accidente de tráfico del nefasto 5 de junio de 2004. No es Loli la única compañera que nos ha dejado por el camino; para los paleontólogos del Museo, las pérdidas de Remmert Daams y Manuel Hoyos se unen inevitablemente a las de otros compañeros, también muertos prematuramente. Nos queda un sentimiento de mala suerte y, aunque muchas veces parece que ellos siguen trabajando a nuestro lado, la realidad se impone, están sólo vivos en nuestra memoria, en nuestros recuerdos y así será mientras nosotros continuemos aquí. Después, en el mejor de los casos, seremos sólo nombres en publicaciones, que pocas veces suscitarán un interés adicional a lo que habíamos escrito con mayor o menor fortuna.

Así, ante la ineludible posibilidad del olvido individual, deberíamos procurar que las generaciones venideras al menos recuerden al Museo Nacional de Ciencias Naturales, institución que da sentido a nuestro trabajo colectivo. En esta línea, los trabajos presentados en este volumen en parte contribuyen a generar la memoria histórica del Museo, por usar una expresión tan de moda y controvertida. Nuestra generación, la de Loli, es la primera de la Democracia que ha tenido una cierta entidad, al menos numéricamente; es una generación que, aunque criada en la miseria (me vienen a la mente las palabras de Groucho Marx), ha llegado a ver las posibilidades que ofrecen las sociedades modernas para el desarrollo científico. Sin embargo, algo va mal en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, algo que nos impide hacer de él una institución ejemplar, más dinámica y avanzada de lo que es. Tendemos a ver en el CSIC al causante de nuestras desgracias y es verdad, o al menos yo lo pienso, que parte de la culpa es externa al Museo, pero cuál es la parte que nos toca a los que trabajamos en él. Son cuestiones difíciles de discernir y que no me atrevo a abordar en este prólogo, pero si quiero hacer algunas reflexiones.

Como otros compañeros han escrito en este mismo volumen, creo que las colecciones son el alma del Museo, su razón de ser. Es probable que sin ellas viviríamos mucho mejor, pero entonces seríamos cualquier otro tipo de centro, no podríamos llamarnos museo. Siendo esto así, llama la atención cómo los investigadores han vivido a espaldas de las colecciones por más de quince años.

La remodelación de las mismas, realizada durante la dirección de Pere Alberch, que dicho sea de paso fue mayoritariamente apoyada y poco contestada, las condenó al ostracismo al aislarlas de la investigación. Los resultados los podemos ver hoy y sólo pueden calificarse de catastróficos; en estos quince años la taxonomía ha ido perdiendo relevancia en el Museo a favor de otro tipo de investigaciones, que no siempre parecen las más apropiadas para un museo de ciencias naturales. Se puede vislumbrar que si se sigue por este camino los taxónomos del Museo serán declarados especie en vías de extinción. Algunos compañeros ven en esta dramática situación un signo de éxito, les parece que sólo el número de publicaciones en el SCI cuenta, no importa el tema, sólo el índice H.

La cuestión que planteamos es ¿cómo podemos cambiar esta situación? Es posible que todavía estemos a tiempo, algunos pasos se han dado en este último año, sobre todo eliminando el obsoleto sistema organizativo de las colecciones, pero aún estamos lejos de tener un escenario claro y eficiente que articule la relación entre estas y el resto del Museo. Nadie discute la necesidad de una nueva organización, más personal especializado y medios más adecuados para las colecciones. Pero también es urgente abogar por una política científica específica, que tenga en cuenta que estamos en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, que estamos en un centro en el que todo debe moverse alrededor de las colecciones. Es su valor patrimonial lo que le imprime carácter y no la investigación que pueda hacerse, por excelente que sea, si esta no añade valor a las colecciones. En otras palabras, sólo con investigación no se construyen buenos museos de ciencias naturales. La conservación, enriquecimiento, investigación y musealización del patrimonio natural es el objetivo del Museo; para su correcto cumplimiento se requiere un esfuerzo general, el compromiso de todos los investigadores y este parece cada vez más débil y lejano. De los que pensábamos que con la Democracia el Museo se regeneraría se está adueñando la amarga sensación de que el Museo se nos escapa, que no sólo es un problema político, sino algo más profundo que no me atrevo a calificar.

Quiero pensar que la mayoría de nosotros ha intentado hacer todo lo posible por tener un Museo mejor, pero la evidencia es incontestable, no lo hemos conseguido. Quizás deberíamos seguir reflexionando pero, mirando al futuro, debemos intentar «refundar» el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Tal vez ese sea el reto y el mejor homenaje a Dolores Soria y a todos los compañeros que nos han dejado durante estos años. En otras palabras, contribuir a que la siguiente generación pueda encontrar un museo digno de ser llamado Museo Nacional de Ciencias Naturales.

JORGE MORALES